

VÍCTIMA DE LA GLOBALIZACIÓN

La historia de cómo
el narcotráfico destruyó
la paz en Colombia

James D. Henderson

Este libro es la historia de la industria ilícita de la droga en Colombia, y se centra en el impacto del comercio internacional de la droga sobre el país y sus habitantes. Colombia se presenta aquí como una víctima del comercio mundial de drogas ilícitas. Antes de la década de 1970, el país no tenía antecedentes de exportación de droga a gran escala; solo se convirtió en uno de los más importantes actores cuando llegaron contrabandistas estadounidenses al país a comienzos de esa década y comenzaron a pagar altos precios por la marihuana producida en Colombia. La marihuana, y luego la cocaína, ocasionaron un *tsunami* de dólares ilegales en el país, que alimentó todo tipo de delitos. Los niveles de criminalidad y violencia aumentaron continuamente y, para fines del siglo XX, los colombianos se preguntaban si las instituciones nacionales podrían soportar el multifacético desorden financiado por un flujo masivo, y en apariencia interminable, de dinero proveniente del tráfico de drogas. Para cuando los colombianos comenzaron finalmente a enfrentar la crisis de manera efectiva, después de 1999, más de 300 000 personas habían muerto a causa de actividades relacionadas con las drogas ilícitas. Fueron víctimas de una violencia cuya fuente eran los males de la caja de Pandora que había desencadenado el dinero de la droga. Finalmente, la magnitud del problema es plenamente comprendida tanto en Colombia como en el extranjero, junto con las formas de manejarlo. Es posible que Colombia nunca ponga fin a su industria ilegal de droga, al menos mientras los consumidores de países extranjeros estén dispuestos a pagar grandes sumas de dinero por la cocaína producida en el país; pero al montar un ataque eficaz contra este sangriento comercio y los males que lo acompañan, los colombianos han allanado el camino para solucionar sus problemas sociales.



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
DE SINALOA

ISBN: 978-958-665-203-2



9 789586 652032

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	11
Introducción. DERECHA E IZQUIERDA EN LA VIOLENCIA Y LAS DROGAS ILÍCITAS EN COLOMBIA.....	15
Parte 1: La Colombia buena.....	15
Parte 2: De parangón a paría.....	18
Parte 3: Seguridad democrática.....	19
Parte 4: Estado <i>versus</i> mercados.....	21
Parte 5: La izquierda y la derecha de los estudios académicos sobre la violencia en Colombia.....	24
Capítulo 1. LA DÉCADA DE PAZ EN COLOMBIA, 1965-1975.....	31
Parte 1: Dinamismo del período comprendido entre 1965 y 1975 en Colombia	31
Parte 2: El triángulo de hierro de la violencia en Colombia.....	39
Parte 3: Surgimiento de la cultura de la droga en los Estados Unidos.....	43
Parte 4: Respuestas iniciales de los Estados Unidos y de Colombia a las drogas ilícitas, 1965-1975.....	52
Capítulo 2. LA HIDRA DE LAS DROGAS ILÍCITAS, 1970-1983.....	59
Parte 1: <i>Colombian gold</i>	59
Parte 2: La cocaína llega a Colombia.....	73

Parte 3: Drogas, violencia, impunidad	87
Parte 4: La época dorada de los carteles, 1978-1983	97
Capítulo 3. LA GUERRA DE LOS CARTELES CONTRA EL ESTADO, 1984-1994.....	109
Parte 1: Los extraditables.....	109
Parte 2: La nueva violencia	131
Parte 3: Respuestas democráticas a la violencia	149
Parte 4: Momento de esperanza	159
Capítulo 4. LA GUERRA DE LA GUERRILLA CONTRA EL ESTADO	171
Parte 1: Introducción: Guerrilla y drogas	171
Parte 2: La guerrilla durante la década de paz en Colombia, 1965-1975.....	176
Parte 3: Avance guerrillero durante la bonanza de las drogas ilícitas, 1975-1993	185
Parte 4: La ofensiva guerrillera, 1994-2002.....	213
Capítulo 5. LA OFENSIVA PARAMILITAR	229
Parte 1: Introducción: Defensa civil e impunidad	229
Parte 2: El crecimiento de las fuerzas paramilitares durante los años setenta y ochenta	234
Parte 3: Los narcoparamilitares	252
Parte 4: La ofensiva paramilitar, 1994-2002	261
Capítulo 6. COLOMBIA SE ENDURECE.....	285
Parte 1: El fenómeno Uribe	285
Parte 2: Plan Colombia	304
Parte 3: El arduo camino hacia la paz.....	319
Parte 4: Conclusión	341
ANEXO.....	345
ÍNDICE ANALÍTICO.....	349
BIBLIOGRAFÍA	367

Introducción
DERECHA E IZQUIERDA EN LA VIOLENCIA
Y LAS DROGAS ILÍCITAS EN COLOMBIA

PARTE 1: LA COLOMBIA BUENA

Es un país de muchas cualidades.

The Economist, 21 de abril de 2001

Este libro es la historia de la industria ilícita de la droga en Colombia, y se centra en el impacto del comercio internacional de la droga sobre el país y sus habitantes. Colombia se presenta aquí como una víctima del comercio mundial de drogas ilícitas. Antes de la década de 1970, Colombia no tenía antecedentes de exportación de droga a gran escala; solo se convirtió en uno de los más importantes actores cuando llegaron contrabandistas estadounidenses al país a comienzos de esa década y comenzaron a pagar altos precios por la marihuana producida en Colombia. La marihuana, y luego la cocaína, ocasionaron un *tsunami* de dólares ilegales en el país, que alimentó todo tipo de delitos. Los niveles de criminalidad y violencia aumentaron continuamente y, para fines del siglo XX, los colombianos se preguntaban si las instituciones nacionales podrían soportar el multifacético desorden financiado por un flujo masivo, y en apariencia interminable, de dinero proveniente del tráfico de drogas. Para cuando los colombianos comenzaron finalmente a enfrentar la crisis de manera efectiva, después de 1999, más de 300 000 personas habían muerto a causa de actividades relacionadas con las drogas ilícitas. Fueron víctimas de una violencia

cuya fuente eran los males de la caja de Pandora que había desencadenado el dinero de la droga.¹

El surgimiento de Colombia como proveedor de cocaína a los Estados Unidos y al mundo armonizaba con el papel comercial que históricamente le había prescrito la teoría del capitalismo internacional. Durante medio milenio, a lo largo de su prolongada época colonial, y luego como república independiente, este país andino había suministrado servicialmente los minerales, medicinas y alimentos deseados por las naciones ricas y poderosas del mundo. En las primeras épocas fueron el oro, las esmeraldas y la quina. Después fue el café. Más recientemente han sido las drogas recreativas, las flores, el carbón, el níquel, el petróleo. Visto desde esta perspectiva, Colombia siempre ha sido un integrante dócil y obediente del sistema internacional de comercio. Únicamente el caso de las drogas ilícitas extravió a los colombianos en su sagacidad comercial.

La mala reputación que actualmente afecta a Colombia es muy diferente de la fama que la caracterizaba inicialmente. Al final de la Segunda Guerra Mundial, los colombianos eran conocidos en toda América Latina por su sobriedad y diligencia, su acérrimo catolicismo romano y la cristalina claridad de su español, del que se decía era el mejor del mundo. Desempeñaron un importante papel en esa guerra, ayudando a vigilar el acceso al Canal de Panamá y mediante el suministro a las potencias aliadas de materias primas estratégicas y de productos manufacturados. Y, en una región famosa por sus golpes militares y por su proclividad a los gobiernos dictatoriales, la tradición democrática de Colombia brillaba como una espléndida anomalía. Un país extraordinariamente bello, lleno de verdeantes montañas y abundante flora y fauna tropical, se había hecho famoso por la excelencia de su café suave. A medida que se acercaba la mitad del siglo XX, Colombia adelantaba un importante proceso de industrialización en las principales ciudades y sus alrededores, especialmente en la segunda ciudad más grande del país, Medellín, gracias a su floreciente sector de manufactura de textiles. Por esa época Colombia continuaba en su desordenado tropel hacia la modernización. Siendo ya un país de ciudades, al llegar a la década de 1960 más de la mitad de su población vivía en centros urbanos.

Tampoco había nada en la historia anterior de Colombia que la señalara como un lugar destinado a convertirse en el emporio de las drogas ilegales del mundo occidental. Su proceso histórico se asemejaba al del resto de la América hispana. Durante trescientos años sus habitantes fueron leales súbditos de la

¹ Saúl Franco afirma que 338 378 colombianos fueron víctimas de homicidios entre 1975 y 1995. Véase *El quinto: no matar. Contextos explicativos de la violencia en Colombia* (Bogotá: Tercer Mundo, 1999), 1, 31-39. Franco ve el surgimiento del comercio de drogas ilícitas como fundamental para la creciente tasa de homicidios en Colombia después de 1975.

Corona española. Tras derrocar al Gobierno virreinal, en el curso de la segunda década del siglo XIX, se proclamó una república independiente en 1819. Turbulentas décadas siguieron, durante las cuales se decidieron los detalles de la vida nacional, a menudo por medio de breves guerras civiles que se centraron en su mayor parte, si no exclusivamente, en fijar el lugar de la Iglesia en la política y en la sociedad. En el siglo XX este proceso estaba prácticamente concluido. Los colombianos, por lo general, coincidían en que su nación era una democracia liberal constitucional, que incluía la separación entre Iglesia y Estado. Tenían un sistema político presidencial, donde el jefe de Estado era elegido cada cuatro años, sin derecho a la reelección inmediata. Contaba con un Congreso bicameral popularmente elegido, y una Corte Suprema encargada de interpretar la Constitución y de velar por su acatamiento.

La relación de Colombia con los Estados Unidos ha sido una de las más cercanas entre las naciones hispanoamericanas. Con excepción del enojo que produjo la complicidad de los Estados Unidos en la separación de Panamá, los colombianos se mostraban bien dispuestos hacia la potencia norteamericana.

Los estrechos vínculos socioeconómicos entre los dos países fueron confirmados cuando, después de la Primera Guerra Mundial, los Estados Unidos reemplazaron a Europa como principal comprador del café colombiano y como su mayor proveedor de productos manufacturados. Durante la década de 1920 los Estados Unidos compensaron a Colombia con una enorme suma de dinero, urgentemente necesitada, por su participación en la separación de Panamá. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, Colombia apoyó decididamente a los Estados Unidos y a las potencias aliadas, asegurándose así un lugar como prestigioso participante en el sistema interamericano. Procedió luego a firmar el Acuerdo de Bretton Woods en 1944, y fue uno de los miembros fundadores de las Naciones Unidas, un año más tarde. Uno de sus expresidentes se desempeñó como secretario general de la Organización de Estados Americanos en 1948. Baste con decir que, cuando Alberto Lleras Camargo fue nombrado jefe del recientemente creado cuerpo interamericano, el prestigio de Colombia no tenía igual en el hemisferio.

PARTE 2: DE PARAGÓN A PARIÁ

Los colombianos son los criminales más sofisticados del mundo.

Robert Sabbag, periodista²

La reputación nacional de Colombia comenzó a mancharse con una herida autoinfligida conocida como la *Violencia*, una guerra civil prolongada de bajo nivel que cobró cerca de doscientas mil vidas durante dieciocho años. Arraigada en el partidismo de liberales y conservadores que se remontaba cien años atrás, y alimentada por el irresponsable liderazgo de las élites partidistas, la *Violencia* condujo a un breve período de gobierno autoritario durante la década de 1950.³

Escarmentados por sus fracasos, los líderes de los partidos Liberal y Conservador regresaron a un gobierno democrático en 1958. Lo hicieron mediante la implementación de un pacto para compartir el poder, denominado *Frente Nacional*. Las pasiones políticas se aplacaron, y la *Violencia* terminó en 1965. Los niveles de violencia disminuyeron hasta alcanzar el promedio latinoamericano durante los diez años siguientes. La modernización continuó a un rápido ritmo y el crecimiento económico fue, como siempre, continuo.

En vista de que los éxitos de Fidel Castro en Cuba agitaron temores de una revolución comunista en América Latina, los Estados Unidos lanzaron un programa de ayuda enormemente publicitado: la Alianza para el Progreso. Como amigo y aliado, Colombia se convirtió en la vitrina de los programas de la Alianza, hecho enfatizado por la visita de Estado del presidente John F. Kennedy y su esposa. Para mediados de la década de 1960, Colombia era el segundo destino predilecto de los jóvenes idealistas estadounidenses que se alistaron como voluntarios de los “cuerpos de paz” creados por Kennedy.

Sin embargo, a comienzos de la década de 1970 la benévola imagen de la Colombia posterior a la *Violencia* desapareció rápidamente y fue sustituida por una imagen completamente negativa. A comienzos de esa década los contrabandistas estadounidenses de droga descubrieron que el país era una fuente, en apariencia inagotable, de marihuana de alta calidad. Y a comienzos de la década de 1980 Colombia se había convertido en un prodigioso proveedor de cocaína, sustancia que producía muchísimas más ganancias. Pronto los colombianos fueron representados en las películas y programas de televisión estadounidenses

² Robert Sabbag, *Loaded. A Misadventure on the Marijuana Trail* (Boston: Little Brown, 2002), 45.

³ Hay muchísimos trabajos sobre la *Violencia*, entre ellos el del presente autor *Cuando Colombia se desangró: Una historia de la Violencia en metrópoli y provincia* (Bogotá: El Áncora Editores, 1984).

como los traficantes de droga más violentos y de mayor sangre fría, asesinos que disfrutaban usando motosierras para ejecutar a quienes los contrariaban.

Entre tanto, el comercio de drogas ilícitas erosionó y corrompió las instituciones nacionales colombianas y financió todas las formas de actividad ilegal. La producción de cocaína aumentó al mismo ritmo del debilitamiento de las instituciones nacionales. Para mediados de la década de 1990 era evidente que los dólares ilegales provenientes del tráfico de droga habían contaminado masivamente la política. Entre 1994 y 1998 los Estados Unidos castigaron a Colombia por permitir que el dinero de la droga corrompiera a sus políticos, acción que solo sirvió para fortalecer a los delincuentes y a quienes se oponían al Estado. Los niveles de violencia se dispararon. Colombia se hizo tristemente famosa como la nación más violenta del mundo y como líder mundial en secuestros.

Para 2000, la guerrilla comunista del país derrotaba unidades del Ejército Nacional en el campo y atacaba pueblos en las afueras de la capital del país. Por aquella época la guerrilla era uno de los principales traficantes de drogas por derecho propio, y utilizaba sus ganancias para adquirir un armamento que rivalizaba y sobrepasaba al del Ejército y la Policía nacionales. En el campo, los habitantes atrapados en el fuego cruzado morían en cantidades cada vez más grandes. Las violaciones de derechos humanos aumentaron exponencialmente durante la década de 1990, cuando las milicias paramilitares se enfrentaron a la guerrilla por el predominio en las regiones productoras de droga. El mundo se alarmó. ¿Se estaba convirtiendo Colombia en un “Estado fallido”, gobernado por narcotraficantes? ¿Se convertiría en un refugio de terroristas y elementos criminales? ¿Se extendería su anarquía a los países vecinos, Ecuador y Perú, y quizás también a Centroamérica? El Gobierno de los Estados Unidos advirtió a sus ciudadanos que no debían visitar aquel país violento y peligroso.

PARTE 3: SEGURIDAD DEMOCRÁTICA

Por primera vez en muchos años, los colombianos pueden conducir entre la mayor parte de las ciudades del país sin correr el riesgo de ser secuestrados o retenidos.

The Economist, 24 de marzo de 2007

Los colombianos respondieron a las preguntas sobre el futuro de su país de una manera prosaica: por medio de unas elecciones. A mediados de 2002 eligieron un nuevo presidente, Álvaro Uribe, quien prometió devolverles la seguridad mediante un vigoroso ataque contra las fuerzas del desorden. Su tarea fue

facilitada por el presidente saliente, Andrés Pastrana, quien había invitado a los Estados Unidos y otros países a unirse a un programa de amplio alcance dirigido a combatir el comercio de la droga y a fortalecer las instituciones nacionales, especialmente las militares. Llamado *Plan Colombia*, llegó a canalizar USD 5400 millones en ayuda a Colombia, la mayor parte de los cuales se invirtió en la fumigación de cultivos de cocaína y amapola, y en helicópteros militares.

Álvaro Uribe sacó el mejor provecho de la iniciativa del Plan Colombia. En su calidad de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, adelantó aquello que denominó su política de “seguridad democrática”, cuyos componentes principales eran una ofensiva contra el grupo guerrillero más grande del país y la destrucción de los cultivos y laboratorios de cocaína que eran su principal fuente de ingresos. La ayuda del Plan Colombia se hizo plenamente disponible precisamente cuando Álvaro Uribe asumió la Presidencia, y la utilizó con grandes beneficios. Gracias a su vigorosa acción contra la guerrilla, las mafias de la droga y la delincuencia común, los niveles de violencia disminuyeron apreciablemente durante su primer período de gobierno. Los colombianos, agradecidos, lo eligieron por abrumadora mayoría para un segundo período en 2006, para lo cual debió reformarse previamente la Constitución nacional.

Las violaciones de derechos humanos disminuyeron también significativamente durante el primer período presidencial de Uribe. Esto se debió al hecho de que él y su gobierno convencieron a cerca de treinta mil combatientes paramilitares de que se desmovilizaran y que sus líderes se sometieran a la detención. Entre tanto, la extradición masiva de narcotraficantes para que fueran juzgados en Estados Unidos llevó a la industria ilegal de drogas a la clandestinidad, lo cual aminoró el daño que causaba a la sociedad.

La presidencia de Uribe no puso fin a los problemas de Colombia, pero inclinó la balanza contra la violencia y la anarquía que reinaban en el país. Por primera vez en treinta años, Colombia y su gente no estaban a la defensiva ante elementos violentos y criminales que disfrutaban de un uso prácticamente incontrolado de los dineros del tráfico ilegal de droga. Podían, finalmente, dedicarse a la tarea de fortalecer las instituciones nacionales, y no solo a defenderlas; y podían hacerlo con la satisfacción de que habían logrado estas cosas no solo por su propia voluntad, sino también por medios democráticos.

PARTE 4: ESTADO VERSUS MERCADOS

La globalización no es más que el resurgimiento de mercados suprimidos transitoriamente por los Estados después de la Depresión y de la Segunda Guerra Mundial.

Herman Schwartz, economista político⁴

Este libro trata también las relaciones internacionales, especialmente las bilaterales entre Colombia y los Estados Unidos. En tal sentido, capta ciertas contradicciones en los esfuerzos realizados por ambos países para detener el tráfico ilegal de droga y encuentra que el esfuerzo conjunto de Colombia y los Estados Unidos ha tenido éxito al ayudar a Colombia a detener la espiral de violencia generada por la droga. Por otra parte, encuentra que los miles de millones invertidos en la campaña contra la droga en los Estados Unidos no han reducido la cantidad ni la calidad de las drogas psicoactivas que llegan a manos de los consumidores estadounidenses: actualmente, en los Estados Unidos las drogas ilegales son menos costosas, más fáciles de conseguir y de mayor pureza que en cualquier otro momento de la historia.⁵ Entre tanto, la aplicación intensificada de las leyes estadounidenses contra la droga solo sirve para incrementar la competencia entre los narcotraficantes y para dejar fuera del negocio a los comerciantes menos eficientes.⁶ El único resultado significativo a nivel nacional de los esfuerzos de los Estados Unidos contra la droga ha sido condenar a minorías étnicas marginadas —especialmente a jóvenes negros— a una encarcelación masiva por cargos relacionados con el tráfico de drogas, mientras que promueve la carrera política de los cruzados contra la droga y hace de las penitenciarías una nueva industria nacional no exportable.

La historia reciente de la guerra contra la droga es, entonces, ambigua. En una época de integración global de los mercados, los esfuerzos de los Estados Unidos por proscribir duramente un producto de consumo generalizado, aunque ilícito, han sido, en su mayor parte, contraproducentes. La prohibición de una serie de productos psicoactivos a un porcentaje significativo de la población

⁴ Herman Schwartz, *States versus Markets: The Emergence of a Global Economy*, 2.^a ed. (Nueva York: St. Martin's Press, 2000), xii.

⁵ Esto lo demuestra John M. Walsh en "Connecting the Dots. ONDCP's (Reluctant) Update on Cocaine Price and Purity" (Washington, D. C.: Washington Office on Latin America, 23 de abril de 2007).

⁶ José R. Fuentes, "Life of a Cell: Managerial Practice and Strategy in Colombian Cocaine Distribution in the United States" (tesis de doctorado, City University of New York, 1998), 276.

ha comprometido a los Estados Unidos en una guerra imposible de ganar contra las fuerzas del mercado. Al mismo tiempo, el caso colombiano muestra que el tráfico ilegal de droga no puede dejarse prosperar sin control, precisamente porque se trata de un negocio manejado por criminales.

Otro de los temas persistentes en este libro es el del fortalecimiento del Estado y el papel que la ayuda extranjera puede desempeñar en este proceso. A continuación se muestra que la dolorosa experiencia de Colombia con el narcotráfico llevó a la larga al fortalecimiento de las instituciones nacionales, y también que la ayuda extranjera suministrada por los Estados Unidos a través del Plan Colombia ha jugado un papel apreciable en este proceso. Deja también en claro que cuando hay una comprensión deficiente de un país por parte de otro, como sucedió con Estados Unidos y Colombia durante la mayor parte del período que aquí se analiza, el más débil de los dos sufrirá las consecuencias. Hasta la formulación del Plan Colombia, a fines de la década de 1990, quienes elaboraban las políticas en Estados Unidos tenían una comprensión deficiente de la fuerza con la que la violencia y la delincuencia relacionadas con la droga había perjudicado a su aliado andino. Tampoco reconocían el grado en que su propia incapacidad de controlar el consumo de drogas ilegales en los Estados Unidos había contribuido a incrementar los problemas colombianos. Por lo tanto, funcionarios estadounidenses hacían exigencias a Colombia que el país no podía satisfacer, y que apresuraban su caída en la violencia.

La historia que se relata en estas páginas no está desprovista de elementos positivos. Lentamente, tras veinticinco arduos años, Estados Unidos llegó a percibir los funestos efectos del narcotráfico sobre Colombia, y ambos países llegaron a comprender que debían actuar conjunta y vigorosamente para atacar este comercio socialmente destructivo. En el transcurso de este proceso, Colombia y su gente llegaron a mirar a su país, y a mirarse a sí mismos, de una manera más crítica que antes, y procedieron a instaurar reformas estructurales necesarias desde hacía largo tiempo. Y quienes formulan las políticas en los Estados Unidos reconocieron que su país tenía la obligación moral de ayudar a resolver la espantosa constelación de problemas colombianos que eran, en buena parte, fabricados en Estados Unidos.

* * *

Este estudio sobre el surgimiento de Colombia como exportador de drogas ilícitas comienza con una consideración de la década de relativa paz que disfrutó el país a partir de 1965, después de la Violencia. Aparece de manera prominente en el capítulo 1 una discusión sobre el “férreo triángulo de violencia” del país, expresión utilizada aquí para explicar el conjunto de condiciones que hacen

de Colombia un país especialmente susceptible de quebrantar la ley y de actos violentos. El capítulo 1 termina describiendo el surgimiento de la “cultura de la droga” en los Estados Unidos durante la década de 1960 y principios de la de 1970, y las respuestas estadounidenses y colombianas iniciales al consumo y producción de drogas ilícitas.

El capítulo 2 describe cómo se convirtió Colombia en el principal proveedor de drogas ilícitas para los Estados Unidos en los años setenta y comienzos de los ochenta. Continúa con la descripción de la horrenda violencia que acompañó al narcotráfico, tanto en Colombia como en los Estados Unidos, y cómo esta incipiente industria estimuló todo tipo de delincuencia y de actividades contra el Estado.

El capítulo 3 del libro narra el sangriento intento, prolongado durante más de una década, de los carteles colombianos de Cali y de Medellín de doblegar al Estado a su voluntad. La batalla se declaró a mediados de los años ochenta, continuó a principios de la década de 1990 y estuvo acompañada por una violencia aterradora y por un gran daño a las instituciones nacionales. Sin embargo, a través de todos estos acontecimientos, los colombianos avanzaron lentamente hacia la reforma política, una exigencia que de tiempo atrás venían haciendo muchos ciudadanos. El capítulo termina en el momento de optimismo que acompañó a la nueva redacción de la Constitución nacional, la desmovilización de varios grupos guerrilleros y el desmantelamiento de los carteles de Medellín y de Cali.

El capítulo 4 se remonta a la expansión de la guerrilla comunista de las FARC y el ELN, proceso respaldado y acelerado por la preocupación del Gobierno nacional por derrotar a los carteles de la droga. Describe la creciente participación de la guerrilla en el negocio de las drogas ilícitas y detalla su compleja interacción con los narcotraficantes. El capítulo concluye narrando la historia de la ofensiva guerrillera contra el Estado colombiano, que comenzó en 1994 y terminó en 2002.

El capítulo 5 trata del origen y surgimiento de los grupos paramilitares colombianos. Se presta especial atención a su relación con los carteles de la droga de Medellín y de Cali, y con la guerrilla, cuya expansión durante los años ochenta y noventa aceleró el crecimiento paramilitar. El capítulo termina con un recuento de la desmovilización de los paramilitares iniciada en 2003-2004.

En el capítulo 6 se detalla el programa de “seguridad democrática” del presidente Álvaro Uribe, mediante el cual el Estado colombiano golpeó eficazmente a la guerrilla de las FARC y el ELN, así como a aquellos grupos vinculados con la industria de las drogas ilícitas. Un aspecto importante de esta exposición es la evaluación del papel de la ayuda estadounidense administrada a través del Plan Colombia. El capítulo termina con una discusión de las medidas contra

la violencia y el narcotráfico adoptadas por Álvaro Uribe durante su segundo período presidencial (2006-2010). También contiene una breve conclusión del libro.

PARTE 5: LA IZQUIERDA Y LA DERECHA DE LOS ESTUDIOS ACADÉMICOS SOBRE LA VIOLENCIA EN COLOMBIA

Colombia es el menos estudiado de los principales países latinoamericanos, y probablemente el menos entendido.

David Bushnell, historiador⁷

Los modernos escritos históricos nacieron en Colombia durante las décadas de 1950 y 1960, cuando comenzaron a regresar de universidades europeas y norteamericanas los primeros académicos colombianos más brillantes, quienes traían consigo títulos avanzados. Muchos de ellos provenían de la clase media y representaban los primeros egresados del sistema de universidades públicas del país, que se expandía con gran rapidez. Aportaron teorías contemporáneas y avanzadas al oficio de escribir historia y ciencias sociales, y dejaron por fuera de este campo a personas que no tenían una formación profesional, y que en ocasiones llegaban a demostrar una considerable brutalidad.⁸ Hasta aquel momento, los escritos sobre historia y ciencias sociales habían sido el ámbito de abogados, políticos en retiro, periodistas y eruditos sin formación académica.

Ya para los años setenta y ochenta había surgido un cuerpo de trabajo sustancial y altamente influyente de estos impresionantes escritores académicos nuevos, que habría de orientar el pensamiento de los colombianos hasta el siglo XXI. Aun cuando basados en todas las disciplinas sociales, los nuevos estudios académicos llegaron a conocerse colectivamente como *Nueva Historia de Colombia*.⁹ Es importante referirse a esta *Nueva Historia*, por la forma como este

⁷ David Bushnell, *The Making of Modern Colombia: A Nation in Spite of Itself* (Berkeley, California: The University of California Press, 1993), vii.

⁸ Por ejemplo, en un libro enormemente difundido, Mario Arrubla descalificó las obras de generaciones anteriores de historiadores colombianos como “una apologética en la que corrían a la par la ingenuidad y la hipocresía”. *Colombia hoy*, 6.ª ed. (Bogotá: Siglo Veintiuno Editores, 1980), 7.

⁹ Durante los años setenta y ochenta fueron publicadas notables colecciones de estos escritos. Entre ellas, las principales son Jaime Jaramillo Uribe, ed., *Manual de historia de Colombia*, 3 vols. (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1978-1980), y Álvaro Tirado Mejía, ed., *La Nueva Historia de Colombia*, 6 vols. (Bogotá: Planeta, 1989).

círculo de académicos ha presentado el pasado reciente de Colombia, especialmente la violencia, al país y al mundo.

La *Nueva Historia* nació en una época de agitación para Colombia. La Violencia estaba llegando a su fin, y los mismos dirigentes liberales y conservadores que ejercían el poder cuando se inició, habían asumido de nuevo el liderazgo en todo el país bajo el Frente Nacional, acuerdo establecido para turnarse el poder durante dieciséis años. Fue un acuerdo que, en la práctica, congeló el anticuado sistema político colombiano en un lugar y un momento en los que el país necesitaba desesperadamente un sistema más abierto y representativo. Los defectos del Frente Nacional se hicieron aun más evidentes pocos meses después de haber sido creado, en agosto de 1958, cuando Fidel Castro tomó por la fuerza el poder en Cuba. Castro actuó con rapidez para implementar programas de amplio alcance, resaltados por la reforma agraria y por medidas dirigidas a restringir los intereses económicos extranjeros, especialmente de los Estados Unidos. La Revolución cubana y las reformas que introdujo resultaban atractivas para muchos jóvenes colombianos, incluida la mayor parte de los integrantes de esta nueva generación de académicos bien preparados. No todos los escritores de la *Nueva Historia* eran marxistas, pero una gran mayoría, sí; y prácticamente todos compartían el nacionalismo y antiimperialismo de Castro. Eran especialmente críticos de los Estados Unidos, país al que veían como un aliado de la clase dirigente colombiana. Ambos eran considerados como grupos dedicados a explotar a Colombia y a su gente en beneficio de sus estrechos intereses económicos.

El conflicto generacional intensificó aún más la crítica contra quienes ocupaban una posición de centro dentro del nuevo discurso académico. Colombia era un lugar donde el cambio llegaba a paso de tortuga, y donde la generación más antigua entregaba el poder a la más joven con insoportable lentitud. El régimen de poder compartido del Frente Nacional era un blanco perfecto para los académicos de tendencias izquierdistas de la *Nueva Historia*. Lo representaban como una metáfora del atraso político de su país y de su dominio por élites corruptas, que obstaculizaban el progreso nacional para promover sus propios intereses y aquellos de los amos imperialistas a quienes servían. No sorprende que la visión de Colombia que surge de sus estudios académicos sea excepcionalmente crítica. El país descrito en buena parte de los primeros trabajos de la *Nueva Historia* es un lugar caracterizado por la desigualdad, en el cual un proletariado oprimido está preparado para tomarse el poder y ansioso de hacerlo, de manera violenta, si es necesario.

Cuando Colombia ingresa a una nueva época de violencia, en la década de 1970, la mayor parte de los integrantes de esa comunidad académica la consideró como fenómeno derivado de causas internas y no externas. Para

algunos, representaba las primeras etapas de una revolución proletaria, largamente pronosticada. A medida que se intensificó la violencia durante los años ochenta, surgió un grupo de académicos dedicados a su análisis. Conocidos como “violentólogos”, entre ellos se encontraban las mentes más brillantes de los académicos de la *Nueva Historia*. Cuando, en 1987, el Gobierno les pidió que analizaran esta violencia cada vez más enconada, encontraron que estaba arraigada en la notable desigualdad social colombiana. *Hagan del país un lugar más justo y democrático* —concluyeron—, *y la violencia perderá la fuerza que la motiva*. El narcotráfico y la violencia que lo acompaña únicamente fueron objeto de una referencia ocasional en su informe.¹⁰

Una consecuencia positiva de la crítica dirigida por los violentólogos a las instituciones nacionales fue que mantuvo constantemente en las mentes de los colombianos y de los líderes de la nación la idea de una reforma política. El movimiento reformista ganó impulso después de 1974, cuando terminó oficialmente el Frente Nacional, y culminó en 1991 con la nueva Constitución Política de Colombia. No obstante, la implacable crítica de las deficiencias nacionales adelantada por la *Nueva Historia* tuvo también consecuencias negativas.

A medida que se intensificó la violencia durante los años ochenta y noventa, algunos escritores comenzaron a proponer que el baño de sangre que asolaba al país estaba arraigado en deficiencias del carácter nacional y en la naturaleza misma de la sociedad colombiana. Por una parte, esto llevó a una ambivalencia respecto al fortalecimiento de la guerrilla comunista. Si Colombia era irremediabilmente corrupta e injusta, entonces la presencia de la guerrilla estaba justificada, y sus estragos eran el precio que había que pagar para alcanzar una meta revolucionaria positiva. Por lo tanto, la guerrilla, lógica y necesariamente, permanecería en acción hasta cuando se alcanzara su visión igualitaria. Según las reflexiones de estos académicos, la sociedad colombiana estaba tan viciada que había dañado el carácter mismo de los colombianos. Sus argumentos, caracterizados por la desaprobación de sí mismos, ganaron impulso a medida que aumentaron los niveles de violencia y anarquía durante los años noventa. Tales evaluaciones se convirtieron en la norma en las expresiones públicas de los creadores de opinión nacionales. Para el siglo XXI, una dura autocrítica dominaba las secciones editoriales de opinión de los periódicos y las páginas de las revistas políticas de opinión. Estos escritos tenían la calidad

¹⁰ Gonzalo Sánchez, ed. *Colombia: Violencia y democracia. Informe presentado al Ministerio de Gobierno* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, 1987).

de mantras antipatrióticas que veían a sus conciudadanos y a las instituciones nacionales bajo la peor luz posible.¹¹

No sorprende, entonces, que varios extranjeros, desde aquellos que solo ocasionalmente se interesaban por Colombia hasta aquellos especializados en estudios latinoamericanos, hayan creído que es un país difícil de comprender. ¿Cómo —se preguntan— un país que se muestra como evidentemente viciado en los análisis de su propia comunidad académica, puede tener tantas buenas cualidades, evidentes incluso en las relaciones más ocasionales con el país y con su gente? La respuesta se encuentra, al menos en parte, en la lúgubre imagen de la nación presentada por la Academia de la *Nueva Historia*. Representa un movimiento intelectual que ha predominado en Colombia durante largo tiempo, y que, habiendo expulsado desde tiempo atrás las visiones rivales del país, ocupa una posición indiscutible como norma para la comprensión del país y de su gente. Fundamentada en espléndidos escritos académicos producidos por los mejores historiadores y científicos sociales, su paradigma de análisis de clase se centra necesariamente en las deficiencias nacionales —en la Colombia mala—. Pero al entender mal la nueva violencia del país, al atribuirla a causas internas y no externas, ha desinformado fundamentalmente a los colombianos. No ha conseguido vincular adecuadamente la continuada criminalidad y violencia con el comercio internacional de las drogas ilícitas, cuyos efectos negativos se hicieron evidentes durante la década de 1970.

Los estudios académicos sobre la violencia en Colombia comenzaron a cambiar finalmente durante los últimos años de la década de 1990, con la publicación de estudios que mostraban una estrecha correlación entre el crecimiento de la delincuencia y la violencia desde mediados de los años setenta, y el surgimiento de Colombia como uno de los principales actores del narcotráfico. Los responsables de esta nueva interpretación eran principalmente estudiosos de los campos de la economía y la criminología, esta última, una reciente disciplina académica en Colombia. Sus análisis estadísticos no revelaron ninguna relación entre las privaciones económicas y la violencia, y sí una poderosa conexión entre las tasas de criminalidad y de violencia y el progreso de la industria ilícita de la droga.¹²

¹¹ La evaluación que ofrece William Ospina de este país y de su gente, que se encuentra en un ensayo de 2003, es que “El caso de la sociedad colombiana en los últimos 50 años es el de un Estado criminal que ha criminalizado al país entero”. Véase Eduardo Posada Carbó, *La nación soñada: Violencia, liberalismo y democracia* (Bogotá: Norma, 2006), 230.

¹² Ejemplar dentro de este nuevo enfoque de los estudios sobre la violencia es el libro de ensayos recogidos por Astrid Martínez Ortiz, ed., *Economía, crimen y conflicto* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Económicas, 2001).

Los colombianos han acogido con agrado este nuevo análisis de los problemas que aquejan a su país. No solo disipa la idea de que son violentos y corruptos por naturaleza, sino que promete la paz a corto plazo. Si los treinta últimos años de crimen y violencia en el país dependen principalmente del narcotráfico, entonces un ataque efectivo contra esta industria debilitará gravemente su apoyo a las actividades ilegales y a aquellas dirigidas contra el Estado. Puede obtenerse un alivio inmediato si se logra un mejoramiento de la aplicación de la ley y de las instituciones jurídicas. Los acontecimientos contemporáneos en Colombia demuestran que este es el caso.

El pensamiento actual sobre Colombia dista de ser estático. Un nuevo espíritu crítico se ha desatado en el país, y promete revisar los análisis basados en las clases sociales que sustentan la *Nueva Historia*. Recientes estudios revisionistas sobre Colombia, realizados por colombianos, se arraigan en una tradición más antigua, que enfatiza los rasgos positivos de la experiencia nacional, tales como la tradición republicana del país y el sentimiento compartido de nacionalidad de sus habitantes.¹³ Se trata de los contenidos de los antiguos cursos de Cívica que fueron proscritos de los currículos escolares durante la ofensiva de la izquierda política de los años sesenta y setenta. Como sucedió con la *Nueva Historia*, la reciente búsqueda de rasgos positivos y unificadores de la vida nacional es el resultado de acontecimientos contemporáneos. Si bien la *Nueva Historia* se basó en la horrenda época de la Violencia, el oligárquico Frente Nacional y la embriagante visión de una reforma por medio de la revolución, las recientes investigaciones que buscan valores positivos de nacionalidad surgen, en parte, de una nueva comprensión, según la cual la notoria criminalidad y violencia colombianas provienen de una causa identificable y no de defectos congénitos del carácter nacional y social. Implícita en este nuevo espíritu está la idea de que, cuando el país regrese a la paz, podrá solucionar sus problemas sociales, reales y urgentes, de la misma forma como lo hacen otros países; esto es, de manera deliberada y dentro de un clima de seguridad.

Este autor está convencido de que Colombia será de nuevo un país en paz. Habiendo vivido primero allí en 1966, recuerda el alivio y optimismo de un pueblo que recientemente había dejado atrás la Violencia. Algo de este mismo espíritu está presente hoy en día en Colombia, al final de más de tres décadas de lucha por combatir los efectos de la industria ilícita de la droga en el país. Finalmente, la magnitud del problema es plenamente comprendida tanto en Colombia como en el extranjero, junto con las formas de manejarlo. Es posible que Colombia nunca ponga fin a su industria ilegal de droga, al menos mien-

¹³ El mejor ejemplo de este nuevo optimismo colombiano es el libro de Eduardo Posada Carbó *La nación soñada*.

tras los consumidores de países extranjeros estén dispuestos a pagar grandes sumas de dinero por la cocaína producida en el país. Pero al montar un ataque eficaz contra este sangriento comercio y los males que lo acompañan, los colombianos han allanado el camino para solucionar los problemas sociales que han sido desatendidos desde la época en que los consumidores extranjeros de droga comenzaron a poner una riqueza sin límites en las manos equivocadas.